

LOS TURBÉ.

Y todavía vuelvo irresistiblemente desde aquí entre las tumbas, en medio de los innumerables *turbé* imperiales diseminados por la ciudad turca, y que permanecerán siempre en mi memoria como una de las más elegantes manifestaciones del arte y de la filosofía musulmana.

Un firman (1) hizo que se nos abriera el turbé de Mahmud el reformador, situado no muy lejos del At-meidan dentro de un huerto lleno de rosales y jazmines. Lo constituye un precioso templete exágono de mármol blanco cubierto por una cupulilla revestida de plomo, y sostenido por pilastras jónicas é iluminado por siete rejas doradas, algunas de las cuales miran á una de las calles principales de Stambul. Las paredes interiores hállanse adornadas de bajo-relieves y tapi- zadas de seda y brocado. Levántase en el centro lindo sarcófago recubierto de bellísimos chales de Pérsia, y encima el fez, emblema de la reforma con el pequeño plumero sujeto por una piocha de diamantes; cercado todo por linda y graciosa balaustrada incrustada de nácar, y que une en sus extremos cuatro grandes candelabros de plata. En

(1) Decreto imperial.

las paredes están colocados los sarcófagos de siete Sultanas. El pavimento cubierto de finísima estera y tapices de vivísimos colores. Aquí y allá véñse facistoles de varias formas en que se colocan preciosos Coranes escritos con caracteres dorados. En una cajita de plata se guarda larga tira de tela enrollada, escrita con menudos caracteres árabes de puño y letra de Mahmud. Antes de subir al trono, cuando vivía prisionero en el antiguo Serrallo, transcribió pacientemente sobre aquel pedazo de tela gran parte del Coran, y al morir ordenó que aquel su recuerdo juvenil, se colocase sobre su tumba. Desde el interior del turbé se ve á través de las rejas el verde del jardín y se percibe el olor de las flores; viva luz lo ilumina; todos los rumores de la ciudad resuenan allá dentro, bajo un pórtico abierto; las mujeres y los chiquillos se asoman á las ventanas y murmuran una oracion. Hay en todo un algo primitivo y dulce, que conmueve las fibras más profundas de nuestro espíritu. Se diría que no el cadáver sino el alma del Sultan se encierra entre aquellas paredes, y ve y escucha todavía á su pueblo, que al pasar lo saluda. Al morir no ha hecho sino cambiar de kiosco: desde los del Serrallo ha venido á este otro no ménos risueño, y siempre á la luz del sol, en medio del estrépito de la vida de Stambul, entre sus hijos, mejor dicho, más cerca de ellos, al lado de la calle, á la vista de todos, y muestra

aún al pueblo su brillante plumero, lo mismo que cuando iba á la mezquita lleno de vida y de gloria, á rogar por la prosperidad del Imperio.

Sobre poco más ó ménos son iguales los otros turbé: el de Ahmed, el de Bayaceto, que descansa la cabeza sobre un ladrillo construido con las cenizas de sus vestidos y de sus babuchas; el de Soliman, el de Mustafá y de Selim III, el de Abdul-Hamid, el de la Sultana Rosellan; templetes erigidos sobre pilares de mármol y pórfido, resplandecientes de ámbar y nácar, en alguno de los cuales baja la lluvia por una abertura de la cúpula, á fin de regar las flores y las yerbas que circundan á los sarcófagos, cubiertos de terciopelo y de franjas de oro. De las bóvedas cuelgan huevos de avestruz y lámparas doradas que alumbran las tumbas de los príncipes, dispuestas en forma de anillo alrededor del sepulcro paterno, sobre cuyas tumbas de los príncipes tambien se hallan colocados los pañuelos que sirvieron para ahogarlos de niños ó de jóvenes, sin duda con objeto de llevar al ánimo de los fieles compadecidos de las víctimas, la convicción profunda de que fueron absolutamente necesarios aquellos delitos.

Y recuerdo que á fuerza de ver imágenes de aquellos muertos, empezaba á sentir en mí mismo cierto principio de adhesión del pensamiento y aun de la sensibilidad, sancionando como justa la inícuca razón de Estado; de igual modo que á

fuerza de tropezar á cada paso en mezquitas, fuentes y turbé, recordado y glorificado en infinitas imágenes el nombre de un hombre como potencia absoluta y suprema, empezaba á sentir dentro de mi conciencia, algo que parecía asentimiento ó sumisión; y de idéntica manera que á fuerza de vagar por las sombras de los cementerios deteniendo la idea en los sepulcros, comenzaba á considerar la muerte bajo un nuevo aspecto casi sereno y tranquilo, experimentando sentimientos más elevados y abstraídos de las cosas mundanas. Si me hubiese abandonado á estos errantes discursos de la inteligencia, me habría sin duda perdido en un no sé qué de ociosa filosofía, errando el pensamiento en indefinidos ideales, y habría internado el alma en nuevo estado, que hubiérame aconsejado como el ideal superior en la vida humana, dejar trascurrir el tiempo plácidamente en hacer nada más que soñar y fantasear despierto, dejando á la fatalidad que se encargue de cumplir *lo que está escrito*.

Y parece mentira: ¡pero el ánimo se sentía de pronto envuelto en una extraña aversión, cuando en medio de estos serenos y plácidos esparcimientos de la inteligencia, me sorprendía la imagen de nuestras ciudades atareadas y afanosas; y de nuestras iglesias oscuras, y de nuestros cementerios encerrados en altas tapias, y desiertos!

LOS DERVISES.

Tambien pasan ante mi vista los *dervise*s, entre las imágenes de aquellos últimos días; los dervises de Mevleví, (los más famosos de las treinta y dos órdenes), que tienen notable *tekké* en la calle de Pera.

Fuí á verlos creyendo encontrar caras luminosas de santos, con el éxtasis de alucinaciones paradisiacas. ¡Pero qué desencanto! Hasta en los dervises, la llama de la fé se ha extinguido. La famosa danza divina me pareció fría representación teatral. Por curiosidad pueden verse, cuando entran en la mezquita circular unos detrás de otros envueltos en capa parda, con la cabeza baja, los brazos ocultos bajo los pliegues del manto, acompañados por una música bárbara, monótona y dulcísima juntamente, y que se asemeja al gemido del viento entre los cipreses del cementerio de Scutari, y obliga á soñar despiertos; y cuando giran y se inclinan por parejas delante del Mirab, con movimiento lánguido y majestuoso, surge en el ánimo de pronto una duda acerca del sexo á que pertenecen. Tambien es bella la escena cuando arrojan al suelo la capa con vivo ademán y aparecen completamente vestidos de blanco, con larga basquiña de lana, extendiendo los brazos en actitud amorosa y echando atrás la cabeza,

como si se abandonasen unos tras otros á los giros de la danza, impulsados por invisible mano. Dan vueltas reunidos y á la vez, en el centro de la mezquita, guardando equidistantes el espacio entre sí, sin separarse en el círculo ninguno de su sitio respectivo: como autómatas que giran sobre un perno, blancos, ligeros, rápidos, con la saya hinchada y ondeante y los ojos entornados. Despues se precipitan de pronto como aterrados por sobrehumana aparicion, sofocando contra el pavimento el grito atronador de Alá. Luego repiten las inclinaciones y se besan las manos mutuamente, girando alrededor de la mezquita, rozando las paredes con gracioso paso, entre baile y marcha militar.

Pero los éxtasis, los arrobamientos, el delirio que trasfigura el semblante, que vieron y describieron tantos y tantos viajeros, yo no lo he visto.

No ví sino bailarines ágiles é infatigables, que desempeñaban su oficio con la mayor indiferencia. Aún más: creí sorprender risas comprimidas, y hasta descubrí un jóven dervis que no parecía le disgustase que lo mirara con insistencia cierta señora inglesa asomada á una tribuna, frente por frente de él; y para decirlo todo, tambien advertí que varios, al hacer como que besaban las manos de los compañeros, en vez de besárselas procuraban mordérselas, rechazándolos los amenazados á fuerza de pellizcos.

¡Ah, qué hipócritas!

Lo que me causó mayor impresion fué distinguir en todos aquellos hombres, de todas edades y figuras, una elegancia y una gracia de movimientos, ademanes y actitudes, que darían envidia á muchos de nuestros bailarines *de salon*, y que consiste en la estructura especial del cuerpo en estas razas orientales y hasta acaso depende de esto solo.

Otro dia lo noté más clara y evidentemente, en el cual tuve la dicha de escurrirme en una celda del tekké y asistir de cerca á la operacion de revestirse un dervis que se preparaba para la funcion. Era un jóven imberbe, alto y elegante, de fisonomía afeminada. Se ceñía el cinturon de la túnica con cierta coquetería mirándose á un espejo, se volvía hácia nosotros luego y sonreía; se abarcaba entre las manos la breve cintura, colocándose en jarras con garbo; se arreglaba todas las prendas de su vestuario con ligereza y gracia, lo mismo que una señora que dá los últimos toques á su prendido; y visto por detrás, con aquella cola, presentaba de perfil la figura de una hermosa muchacha esbelta, vestida de baile, que pedía al espejo su última opinion y su juicio último... ¡Y en vez de una chica, era un fraile!!! ¡Oh, extrañas cosas en verdad! como decía Desdémona á Oteló.

CIAMLIGIÁ.

Pero la más bella de mis últimas impresiones radica en la cima del monte *Ciamligiá*, que levanta enhiesta la cerviz á espaldas de Scutari.

Desde allí dí á la ciudad mi postrer saludo y fué la postrera y más espléndida al par, de mis poéticas visiones constantinopolitanas.

Fuimos á Scutari al despuntar del dia con tiempo nebuloso. La neblina duraba todavía cuando arribamos á la cresta; pero el cielo prometía un dia sereno. A nuestros piés todo se hallaba oculto. ¡Qué espectáculo! Inmensa cortina horizontal que dominábamos con la vista cubría Scutari, el Bósforo, el Cuerno de Oro, toda Constantinopla. La gran ciudad con sus afueras desapareció. Un mar de niebla inundaba todo excepto Ciamligiá, aislada como isla. Y á nosotros se nos figuraba que éramos dos pobres peregrinos venidos del Asia Menor, al contemplar la cenicienta mancha; y que ignorantes de que á nuestras plantas se escondía la gran metrópoli del Imperio otomano, íbamos á experimentar placer extraordinario siguiendo con la fantasía el sentimiento creciente de estupor y maravilla como tales pere-

grinos al ver surgir poco á poco, cuando el sol asomase por Levante, la poblacion inesperadamente.

Y con efecto, el velo espesísimo fuese rasgando, brotando aquí y allá y acullá sobre la vasta superficie gris, puntas de ciudad cual islotes: archipiélago de alquerías, nadando en cenicientas aguas y derramadas al acaso. Ahora nace Scutari, ahora las siete cumbres de Stambul, los barrios extramuros ahora; ora la cresta de Kassim-Bajá, ya algo confuso y lejano allá en el fondo de Eyub y Hass-Kioi; veinte pequeñas Constantinoplas rosadas y aéreas, erizadas de innumerables puntas blancas, verdes y plateadas. Despues empezaron á agrandarse y agrandarse, lo mismo que si surgieran de improviso, apareciendo techo tras techo, rotondas tras rotondas, torres tras torres, minaretas tras minaretas por todas partes, agrupándose en tropel, separándose y distinguiéndose, poniéndose en filas ordenadas, antes que el sol, avanzando en su carrera, sorprendiese á estos soldados sin formar y fuera de sus puestos respectivos en orden de batalla. Ya se divisaba debajo Scutari entera; enfrente, toda Stambul; allí, los barrios altos que se extienden entre Galata y las Aguas Dulces; aquí, en la ribera europea del Bósforo, Top-hané, Funduelú, Dolma-bagé, Besci-tass, y en gradería indefinida, un anfiteatro completo de quintas y ciudades, de edificios aislados y edificios

compactos que muestran sus frentes teñidas de coral.

Pero el Cuerno de Oro, propiamente dicho, el Bósforo, el mar, continuaban ocultos.

¡Los peregrinos no habrían podido colegir nada de aquella perspectiva sin base!

Habrían creído que las dos, que la vasta poblacion se construyera en el fondo de dos valles, perpétuamente nebulosos, y compenetrándose el un valle en el otro, y se habrían preguntado qué era lo que podría esconderse en aquellas profundidades misteriosas.

Pero hé aquí que los últimos restos de la neblina se desvanecen, y el tono claro oscuro azulea —resplandece—cabrillea—brilla—¡es agua—es cristal—es un espejo—es una rada—es un estrecho—es un mar!—¡ya son dos mares! ¡¡CONSTANTINOPLA!! sumergida en un océano de luz azul y verde, creado en una hora por mágico poder. ¡Ah! En aquel instante, cuánto se goza al mirarla en conjunto, despues de haberla admirado en pormenor; cuánto al contemplarla en una unidad y de una sola vez por haberla analizado minuciosamente; cuánto de haber sondeado sus profundidades, para tenerla allí ante los ojos reconstruida y completa, íntegra en infinita síntesis! Mas es menester en aquel sublime momento estremecerse de nuevo porque se nos muestra enteramente otra, original; y además, viene al ánimo en aquellos

minutos con el entusiasmo y el placer, con el gusto y el delirio de la emoción estética, el dolor, dolor sin límites en que se anega el alma al pensar que en breve, dentro de pocos días, esta visión ideal vá á desaparecer probablemente para siempre jamás de nuestros sentidos, y aquella niebla fugaz y pasajera se trocará en otra espesa y sólida, perenne y eterna para los sentidos... Pensando en esto... se ve uno compelido á darle el postimer adios de perpétua despedida... y... no sé... ¡parece que vá uno á partir para el destierro y que se oscurece el horizonte á nuestra vista por toda una vida perdurable!!!

CAPILLA ALEONSINA

LOS ÚLTIMOS DÍAS.

Y ¡quién lo creyera! hasta en Constantinopla se apoderó de mí el aburrimiento!

La mente fatigada rechazaba nuevas impresiones. Pasaba ya, lo mismo que mi amigo, por el puente sin alzar la vista, ni fijarla en nadie ni en nada. Todo nos parecía de un color. Trascurrían en ocasiones, horas y horas sentados á la puerta de un Café mirando las guijas del empedrado. Girábamos sin objeto á la ventura, con aire de vagabundos cansados, hartos, desilusionados. O nos asomábamos á la ventana del hotel recreándonos en... en los gatos que vagaban por los tejados de las casas de enfrente. Estábamos ya saciados de Oriente: empezábamos á sentir la imperiosa necesidad de recojernos á vivir de otro modo, trabajando y ocupados en tareas normales y continuas.

Llovió dos días consecutivos y la población se convirtió en vastísimo pantano, adoptando casas, suelo y cielo, un tono oscuro y súcio... ¡Y aquello fué el golpe de gracia! La melancolía propiamente dicha, es decir, el atrabiliarismo se apoderó de nuestro ánimo, y maldecíamos de la ciudad y sus habitantes, convirtiéndonos de amables en groseros, insolentes, provocativos, descarados y

vanidosos del orgullo pretencioso del europeo. ¡Quién lo hubiera dicho el día de la llegada! ¡Y hasta qué extremo llegamos!... ¡Llegamos hasta solemnizar como día de gran fiesta el en que tomamos los billetes en el despacho del Lloyd austriaco para Varna y el Danubio!

Mas en aquel día de alegría y broma sobresalía un punto negro para amargar el placer: nos separábamos de nuestros buenos amigos de Pera, en cuya agradable compañía pasamos las últimas noches de estancia en Constantinopla. ¡Cuán triste es verse obligado á decir siempre adios, deslizar lazos, romper afectos, y dejar en tales disoluciones pedazos del corazón por todas partes!

¿No hay una vara mágica con la cual pueda yo en algun día á una hora determinada reunir á mi alrededor en una gran mesa invadida por mis amigos, todos los afectos que he derramado en mis viajes? Tú, Santoro, de Constantinopla; tú, Selam, de las orillas del África; tú, Ten Brink, de las dunas de Holanda; tú, Segovia, de las márgenes del Guadalquivir; tú, Saavedra, de las riberas del Tajo... puesto que no encuentro esta varita de virtudes, escuchad, escuchad mi voz, que os hablo con el corazón y os saludo con el alma... no hallo la varita y... ¿cómo pasa el tiempo y cómo vuelan las ilusiones y las esperanzas!!!

LOS TURCOS.

Ahora bien, antes de embárcarnos en el bajel austriaco, humeante ya en el Cuerno de Oro, frente á Galata, dispuesto para partir con rumbo al mar Negro, me resta por exponer modestamente en estilo de viajero, algunas observaciones generales que respondan á las siguientes preguntas: ¿Qué te han parecido los turcos?

Pregunta en que se reclaman observaciones generales y enteramente libres, ajenas á toda especie de preocupacion, y sin tener para nada en cuenta acontecimientos presentes que influyan en el juicio individual y deducidas de mis propias impresiones consignadas en los apuntes y notas de mi diario.

Y á semejante pregunta, de «qué te parecen los turcos», resucita en mi ánimo en primer término la impresion constante é igual que me produjo el aspecto externo de la poblacion masculina de Stambul, desde el primero hasta el último día.